

La gran manifestación pro Industria y trabajo nacional

Memorial de la Institución

(Discurso del Presidente de la UIA – 12 de junio de 1933)

La crónica periodística se ocupó oportunamente del mitin de obreros, empleados y patrones, organizado por nuestra entidad, que se realizó en el Luna Park el día lunes 12 del corriente, acto que asumió proporciones de extraordinaria magnitud, que lo señalaron como un verdadero acontecimiento nacional. Con el propósito de registrar los detalles, discursos y proyecciones de esta manifestación, transcribimos las notas más destacadas de esta concentración de las fuerzas industriales del país, que nuestros asociados conocen en toda su amplitud por la intervención directa que en tan auspicioso hecho les ha cabido.

Setenta mil personas, dentro y fuera del estadio, vinculadas y movidas por el único propósito de exteriorizar la unánime aspiración de que se mantengan las actuales precarias defensas de su trabajo, han ofrecido al pueblo de la metrópoli y a los poderes públicos, un espectáculo grandioso, análogo solamente al que dio lugar la derogada ley de jubilaciones y pensiones. Las fotografías que ilustran esta nota son de la mayor elocuencia a este respecto, y del calificativo que el mitin ha merecido de la opinión general dan una idea los epígrafes de las noticias de la prensa, al destacarlo como “imponente manifestación”.

Contrarios a hacer el elogio de nuestra propia obra, nos limitamos, pues, a reproducir los discursos y hechos documentados que del mismo acto se derivaron, sin agregar otra cosa que nuestro cordial reconocimiento al periodismo que con toda elevación de miras acogió y comentó el patriótico movimiento, a los asociados que contribuyeron con todo su entusiasmo y decisión a darle el relieve que lo caracteriza, a los obreros que con espontánea voluntad lo secundaron y a las prestigiosas entidades representativas de la industria, el comercio y la producción que ofrecieron su adhesión.

Discurso del Presidente de la Unión Industrial Argentina, Sr. Luis Colombo

Hace 34 años, el 26 de julio de 1899, 50.000 obreros, empleados y patrones, convocados por la Unión Industrial Argentina desfilaban por las calles de Buenos Aires, en imponente manifestación, para pedir a los poderes públicos medidas de defensa para la industria y el trabajo nacional.

Era el primer gran acto público y trascendente realizado hasta entonces, al que los hombres de las fábricas y talleres, identificados en una sola aspiración común, concurrían para

expresar el anhelo colectivo. Sintetizado en pocas palabras: “trabajo para el obrero y riqueza para el país”, amenazados ambos por una tendencia cuyo liberalismo aduanero habría de ser el mayor obstáculo para nuestra libertad económica.

Hoy como entonces, a 34 años de distancia, vuelve la Unión Industrial Argentina a convocar a los agentes más eficaces del engrandecimiento nacional, a los hombres que con su brazo, su cerebro o sus capitales, han colaborado al progreso de las industrias fabriles, y ante el peligro que parece cernirse sobre ellas y su porvenir, se reproduce aquel hecho auspicioso y reconfortante, en cuya virtud una magna asamblea como ésta, la más grande que se haya reunido en el país para considerar problemas de economía pública, demuestra que las diferencias accidentales entre el capital y el trabajo, fantástica nube que suele entenebrecer los más simples problemas sociales, desaparecen cuando una necesidad de bien común obliga a unificar todos los esfuerzos y a estrechar filas para una misma acción de salvaguardia y defensa.

Nada más grato a mi espíritu, nada más halagüeño para la vida institucional del país, ninguna página más hermosa en la historia del desenvolvimiento de nuestra sociedad, que este acto cuya extraordinaria magnitud está demostrando elocuentemente que los hombres que han hecho una religión del trabajo, que en continuo propósito de mejoramiento y superación torturan el músculo que cincela, el pensamiento que crea o el nervio que da vida a sus más difíciles concepciones, saben elevarse por encima de toda divergencia y comprender que el peligro que acecha al industrial, ha de incidir fatalmente sobre todos sus colaboradores, porque todos son parte integrante e indispensable del organismo fabril que mueven, y sería una locura pensar que sin cualquiera de ellos, llámese máquina, obrero, empleado o capital, pueda desenvolverse y funcionar el más brillante instrumento del progreso humano, que son las fábricas, las usinas, los talleres, donde constantemente se está elaborando riqueza y civilización.

Esta imponente manifestación en la que participan patrones, empleados y obreros, representantes genuinos del trabajo nacional, demuestra en forma clara y precisa que no debe ni puede haber antagonismo alguno entre ambas fuerzas y que ellas, en cambio, se complementan cuando hay exacta comprensión de los problemas que la afectan. Tal el hecho auspicioso de esta hora y tal la enseñanza que deriva de este acto. He dicho patrones y obreros y quizá haya dicho mal, tratándose de nuestro país, porque aquí los patrones de hoy son los obreros de ayer, como los obreros de hoy serán los patrones de mañana. Fácil la constatación y seguro el pronóstico para quien quiera que en nuestro país revele amor al trabajo, constancia en la tarea y dinamismo en la acción. Nuestros padres, labradores o artesanos, llegados de otras playas, hallaron aquí campo fácil para sus actividades y nos dejaron terreno fértil para conquistar un sitio de privilegio en la agricultura, en la ganadería o en las industrias fabriles. Los que están y los que vengan, han de hallar siempre en nuestro país todas las posibilidades que ningún otro ofrece, porque ningún otro tiene espacio para la población, que es necesidad en el nuestro, ni ninguno como éste posee las infinitas riquezas primarias que nos prestan el carácter de tierra privilegiada.

Es por todo eso que aquí, como en parte alguna del mundo, es imperativo la estrecha vinculación del capital y del trabajo, ya que en nuestro suelo es fácil la conquista del primero por

el segundo y es siempre positivo el bienestar del trabajador, que, sino conquista capital para ser patrón, tiene todas las facilidades para ser dirigente, o cuando menos para obtener la vida holgada que por tantas razones no es muy posible en otros países.

Para afianzar lo que hemos obtenido, para evitar que se malogren capitales y trabajo, para que éste no falte y la miseria no llegue a centenares de miles de hogares, aquí nos hemos congregado.

Vago quizá es el peligro que nos amenaza en estos momentos; pero del mismo modo que sin nubes a la vista, la pesadez del aire anuncia a las aves el la tormenta que se aproxima, así también en el ambiente nacional, sin un real anuncio de que la política económica cambie fundamentalmente de rumbo en desmedro de la industria que transforma y que sostiene la enorme mayoría de la población del país, ha empezado a crearse un confusionismo que es de nuestro deber aclarar.

Hemos defendido sin reservas a la agricultura y a la ganadería y hemos reclamado para esas riquezas las defensas que no le fueron otorgadas en los momentos necesarios, pero con la misma decisión hemos sostenido que el país no podía —no debía— vivir entregado a esa sola fuente de riqueza, no sólo por los peligros económicos que ello comporta, sino también porque nación alguna del universo se hizo grande en la vida pastoril. Lasque de ella evolucionaron hacia la manufactura, crecieron en importancia, prosperaron en población y en riqueza y se hicieron tanto más poderosas cuanto más intenso fuera su desarrollo fabril. La agricultura y la ganadería, más que del hombre, dependen de la naturaleza.

¿Qué hubiera sido del país en aquellos años que la sequía o las epidemias diezmaron los ganados, o aquellos otros que la sequía, el granizo, la helada, la langosta y tantas otras plagas se llevaron las cosechas de trigo, de lino, de maíz? ¿Qué hubiera sucedido si al mismo tiempo careciéramos de toda industria? ¿Cuál la miseria, y cuáles mayores los saldos en favor de la manufactura extranjera?

Sin industrias en Mendoza, San Juan, Salta y Jujuy, aquellas provincias tendrían la cuarta parte de la población que hoy cuentan; y sin industrias en la Capital Federal, Avellaneda, Campana, Zarate, Olavarría, Rosario, Córdoba y cien pueblos y ciudades más, la población argentina sería aun la mitad de la escasa que puebla nuestro extenso territorio.

Cuando hombres cumbre como Pellegini, López, Cané, con exaltado patriotismo y con la visión de una Argentina grande, clamaban en el Congreso de la nación, en 1876, por el estímulo a la industria, preguntaban a los teóricos librecambistas, si no era superior política económica exportar tejidos fabricados con nuestras lanas, calzado, etc. fabricado con nuestros cueros, en vez de exportar sacos de lanas y cueros en bruto, cuyo valor era cien veces inferior al artículo elaborado, no pensaban seguramente que después de más de 50 años tendríamos que repetir y ampliar aquellas mismas preguntas.

El encomiable esfuerzo de los industriales, el espíritu de sacrificio que animó a muchos, vencidos unos y vencedores otros, han creado una ya poderosa manufactura que demuestra con evidencia indiscutible que sabe organizar, que sabe fabricar, y que no teme confrontación en calidades y perfeccionamientos, porque patronos y obreros, en sus distintos campos de dirección y de trabajo, se identifican en el propósito de superarse para producir lo mejor.

Existe pues en el país, y lo ha revelado en los certámenes nacionales y extranjeros, un enorme espíritu de iniciativa, un gran poder de acción, una fe absoluta en el porvenir nacional, si sabe orientar su política económica con la decidida ansia de progreso y de engrandecimiento que a todos impulsa a convertirla en sublime realidad. Si a ello concurren los poderes públicos, tales aspiraciones se verán satisfechas y el país conquistará la retardada independencia económica que patrióticamente reclamamos desde largos años.

Para ello es menester que los poderes públicos, que la opinión pública, que el periodismo nacional contemplen el problema de distinta manera del que se le ha contemplado y aún se le contempla.

Nuestro problema y nuestro programa, no pueden ser iguales a los de los viejos países europeos ni tampoco al de la misma Norte América de hoy, que ha alcanzado el poderío y la grandeza que ostenta ante el mundo, obtenido precisamente en la forma que otros venimos reclamando para nuestro país. Aquellos, los europeos, con poblaciones sobrantes, carentes de materias primas, agobiados por las deudas y con el germen de nuevas guerras que los arma a costa de la tranquilidad y de los recursos de sus pueblos, tienen sin embargo, una grandeza conquistada que procuran conservar dentro de medios y remedios que están distantes de los que el nuestro requiere.

Norte América, llegada al pináculo del poderío económico, puede hoy también contemplar sus problemas bajo un aspecto diferente al de 1850, cuando con tesón y firmeza se propuso salir de la vida pastoril para transformarse en país industrial. Su triunfo debiera ser aleccionador para nosotros que estuvimos y estamos colocados en el mismo plano de posibilidades.

Pero nuestro país, despoblado de sus tres millones en kilómetros cuadrados, tiene la obligación y la necesidad de poblarlos, si quiere, más que con festejos recordatorios de las grandes fechas, cumplir con el mandato de aquellos grandes que nos entregaron libre esa extensión territorial para realizar de verdad la “nueva y gloriosa nación” que cantáramos hace pocos días. A través de un siglo y cuarto, debemos sentirnos avergonzados de contarnos poco más de once millones de habitantes.

Poblar el país, cubrir sus pampas inmensas, abrir las montañas, navegar sus ríos después de tomarles fuerza y luz, fecundar sus tierras no sólo con doradas mieses y verdes pastos, sino con todos los productos que crean fábricas, que elevan chimeneas para transformar todo cuanto las montañas encierran y todo cuanto la tierra da en ganados y en frutos para que en todas las regiones el trabajo cante a la vida nacional, es nuestro deber.

He ahí sintetizado el problema y el programa que la Nación demanda.

¿Ha de poblarse el país con ganadería y agricultura? – Contestamos rotundamente que no.
– Unas cifras os dirán la verdad de esta categórica afirmación.

Tomando la provincia de Santa Fe, con exclusión de las ciudades de Rosario y Santa Fe, su campaña y pueblos, cuya mayor parte están dedicados a la agricultura, acusan una población de 5,5 habitantes por kilómetro cuadrado. La provincia de Córdoba, excluida su capital, fuerte en agricultura y ganadería, da 4,7 habitantes por kilómetro cuadrado, sin olvidar que en ambas provincias existe industria molinera, cervecera, y otras que integran esa cifra de densidad. La provincia de Buenos Aires, a pesar de muchas localidades importantes y algunas con distintas industrias, excluyendo Avellaneda y La Plata, tiene 8,3 por kilómetro cuadrado. En cambio Tucumán, Mendoza y San Juan, con sus industrias, tienen respectivamente 18.3, 12.3 y 9.11 por kilómetro cuadrado. La capital federal, donde se asientan la mayor parte de las manufacturas, tiene por kilómetro cuadrado 10.632 habitantes: Avellaneda, industrial por excelencia tiene 1981 habitantes por kilómetro cuadrado y las ciudades de Rosario, Córdoba y La Plata, donde también existen industrias, cuenta con 381.9, 231.9 y 147.9, respectivamente.

De Norte América, de Canadá, y de países europeos os podría proporcionar cifras aun más elocuentes que las nuestras.

Comparemos e estos porcentajes de habitantes los que arrojan las regiones dedicadas a la industria y los que suman las regiones agropecuarias y veremos fácilmente que no puede ser lo último el mejor programa para la Argentina. ¿Cómo podremos nosotros aumentar la población rural si la que ya tenemos, no recibe compensación alguna a su labor? ¿Cómo aumentar los cultivos, si los precios a que deben venderse los productos son inferiores a los costos de producción? ¿Cómo se puede esperar, en esas condiciones, que acuda una mayor población, si la producción actual es superior al poder adquisitivo de los países consumidores? ¿Y cómo esperarlo, si ya se habla en la Conferencia de Ginebra, de reducir el área de los sembrados de trigo? Pero, ¿en qué proporción, en la hipótesis de que aumentemos los cultivos y la ganadería, podrían acudir los inmigrantes para poblar el país, que tanto lo necesita?

Poseedora de las materias primas más esenciales con tierras y climas para producir cuanto es necesario a la vida contemporánea, puede y debe desarrollar una intensa acción manufacturera, hasta alcanzar la exportación de artículos elaborados en vez de limitarse a exportar artículos primarios, cuyos precios están siempre sometidos a las conveniencias de los mercados que, a pesar de necesitarlos, nos pagan de acuerdo con lo que han de obtener de nosotros mismos, devolviéndolos transformados, con el peso de sus ganancias, de sus fletes, de sus salarios, restados a nuestras actividades y a nuestros obreros.

Y guay de nuestro país si en estos momentos no nos hubiesen ayudado ciertos factores económicos que, no por protección aduanera, han determinado una menor importación que, pese a los bajos precios que nos pagan por carnes y cereales, nos permite obtener una pequeña ventaja en los valores del intercambio.

Pero ello es accidental y sobre eso no podemos descansar o adormecernos como en el pasado, so pena de mantener a la nación en permanente marasmo.

Es menester despertar a la realidad que nos imponen los acontecimientos. Es menester respirar aire de liberación económica, es imprescindible defender nuestra producción y nuestro trabajo, porque con ellos habremos de atraer mayor población, radicaremos capitales y ofreceremos el verdadero bienestar que prevé el preámbulo de nuestra libérrima Constitución, cuando espera a todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar nuestro suelo.

Repudiamos las falsas teorías que la práctica y la realidad han destruido. La protección sana a las industrias, es necesaria para su progreso, y sólo debe cesar cuando haya alcanzado su completo desarrollo. Esa es la lección de todos los países, esa es la enseñanza y el ejemplo de todas las naciones de industria poderosa. Ninguna industria ha nacido, diría Cané, como nace un hongo.

Todas y en todas partes, han necesitado la fuerza superior que les permita desenvolverse hasta adquirir por sí mismas el vigor indispensable para subsistir y progresar.

Y es tanto más necesario todo esto en nuestro país, cuanto más ha tardado en comprenderlo.

Y no se argumente ya con el socorrido y falaz lagrimeo del encarecimiento de la vida como resultante de las protecciones aduaneras. No hemos sido jamás prohibicionistas, no necesitamos defensas arbitrarias; sólo hemos pedido, sólo queremos, sólo reclamamos que se abandone el camino de los sistemas primitivos, que salgamos de la vida pastoril, que pudiendo ser fuertes en ella tanto como el resto del mundo nos necesite, viremos la nave hacia la industrialización propia, para no ser esclavos de las plagas de la naturaleza no de las economías foráneas, porque unas u otras, o ambas a la vez retardarán nuestra independencia económica y el país seguirá siendo el desierto que es todavía.

Queremos las sabias defensas que otros países otorgaron a sus nacientes industrias por más “artificiales” que fueran, al decir de algunos teóricos. Por lo demás, podemos afirmar que si se llaman industrias “artificiales” a aquellas que transforman materias primas que el propio país no posee, no hay país en el mundo que, poco o mucho, no las sostengan.

La gran mayoría de las industrias europeas se han creado, fortalecido y afianzado, con materias primas ajenas, y muchas de ellas son, precisamente, argentinas. El hecho cierto es que ellas han enriquecido a los países que las utilizan y han creado trabajo para sus poblaciones. No habría, pues, razón alguna para que nosotros no imitémos tan ejemplar enseñanza, sobre todo cuando nuestro país, por sus privilegiados dones, puede transformarlas en industrias “naturales”, si así le place más a los teorizadores, y si los poderes públicos se proponen estimular la explotación de todo cuanto pródigamente ofrece el territorio de la nación.

Y pueden serlo y lo serán si nuestros hombres de gobierno comprenden que este es el problema y el programa a resolver y desarrollar. Haciéndolo así, poco importa, en el peor supuesto

que podamos admitir, que la vida encarezca, si el obrero gozará de salarios que le permitan pagarla y vivirla mejor. Ese fue el resultado de Norte América, tal como lo reconoció aquí el eminente socialista belga Vandervelde. Y eso mismo del encarecimiento, es argumento que la realidad jamás probó: en nuestro caso, por el contrario, podemos afirmar que todos aquellos productos extranjeros que no han tenido control por similar producto nacional se han pagado siempre a precios de verdadera elevación. Cuando los precios han disminuido, ha sido y es porque la producción de la industria argentina se ha hecho presente en el mercado.

Pero poco vale la vida barata si no se tiene para comprar lo que es necesario para vivir. Poco vale la baratura si ella es a base de una vida mísera e inhumana. En ambos casos la vida no es agradable y es de esas condiciones de donde emerge la protesta del trabajador, que se siente con indiscutible derecho para vivir como hombre y no como bestia.

Queremos al trabajador con todas las comodidades posibles; queremos al obrero colaborador en condiciones de sentir amor a la vida y al trabajo, porque de ello deriva mayor cooperación y mayor productividad; queremos que tenga asegurado su porvenir, sus contingencias en el trabajo; queremos amparo para su vejez y para su hogar cuando la muerte lo arrebate a él; queremos que los salarios les permita vivir, vivir bien, y para ello es necesario que haya trabajo, trabajo intenso, trabajo remunerador. Para que así sea, es indispensable que las industrias existan, vivan, se desarrollen, progresen y obtengan justa y equitativa compensación.

Queremos que cualquier concesión a los países amigos se reduzca estrictamente a materias primas que no producimos o artículos que no se elaboren en el país, sin que ello implique cerrar ilimitadamente las posibilidades de producirlos o fabricarlos.

Queremos que entre esos países amigos se cuente de preferencia a la Gran Bretaña, cuya secular amistad es proverbial y cuya contribución al progreso argentino ha sido la piedra angular del mismo, ya prodigando sus capitales en los primeros empréstitos o asentando sus raíces en todas las direcciones de nuestras tierras, o creando industrias de servicios públicos y fabriles, sin dejar de ser nunca el más consecuente y fuerte comprador de nuestros productos agropecuarios. Queremos que la salvedad que se hiciera en el protocolo firmado en Londres por el eminente ciudadano Vicepresidente de la nación, Dr. Roca, sea cumplida con toda fidelidad por los que han de concertar el acuerdo definitivo, en cuanto aquél estableció que la reducción de derechos aduaneros alcanzará hasta donde lo permitan las necesidades fiscales y el *"interés de las industrias nacionales"*.

Y bien, señores, las industrias existentes sienten en estos momentos el peligro de concesiones aduaneras que las inutilizarían. No se conseguirá en el caso de confirmarse tal peligro, ninguna mejora en los precios de nuestros ganados y cereales, y en cambio se habrá asestado un golpe de muerte a nuestras fábricas. La mayoría de ellas vive precariamente, y cualquier castigo que se le infligiera, traerá como fatal consecuencia una mayor desocupación y una disminución de los salarios. Aduana, la nuestra, de menores derechos que las de cualquier otra nación del mundo, toda rebaja será en detrimento del capital, pero más aún del trabajador que ambulará pidiendo actividad para sus brazos inertes. Eso será el resultado inmediato; lo

mediato será retardar el porvenir de la nación, que es el porvenir de la colectividad, ahuyentar los capitales, despoblar el país, estancar los ferrocarriles y provocar una crisis tan profunda que será difícil e imposible prever sus efectos.

El señor Presidente de la República, en su elocuente discurso de hace pocos días, ha dicho:

“Productores y proveedores de las necesidades más irreductibles del hombre, podríamos sostenernos en la situación actual durante largos años, a la espera de la mejora que, por imposición natural, se ha de producir”.

Igual concepto hemos expresado durante largos años, y si él hubiese sido aplicado prácticamente por los poderes públicos del pasado, no se encontrarían hoy los ganaderos, y los agricultores con sus tierras desvalorizadas hasta lo infinito, con sus productos sometidos a quien los necesita pero que los paga como si no los necesitara, creando la miseria para todos y destruyendo el fruto de perseverante labor, con lo que cunde el desaliento y se mata todo espíritu de iniciativa, anulando los mejores sentimientos de emulación y estímulo. Mientras pudimos hacer valer esos productos de necesidad irreductible, transformándolos nosotros mismos para venderlos elaborados o cuando menos para reducir la necesidad de ofrecerlos en el extranjero, para que a menor oferta tuviesen menor precio, de acuerdo a la ley natural que nada ni nadie destruye, no lo hicimos.

Pero debemos hacerlo alguna vez y nunca más oportuno que ahora, porque es precisamente ahora cuando pueden acudir capitales extranjeros para dedicarse a las industrias que en los viejos países perecen o que pierden este mercado. Lo hemos visto ya y lo hemos de ver multiplicarse, si esos capitales se sienten racionalmente amparados.

No podemos ser nosotros quienes produciendo cereales más baratos, hemos de reducir nuestros sembrados para favorecer a países que defienden su economía produciendo los mismo cereales con tres y cuatro veces el costo de los nuestros.

No debemos ser nosotros los que concurramos a encarecer el pan reduciendo nuestros cultivos.

No ha de importarle al mundo encarecer todo aquello que no es de necesidad o que es relativamente superfluo; pero sí debe importarle no encarecer el pan y la cerne, que es la suprema necesidad de cada hogar, humilde o rico, y esto podemos ofrecerlo nosotros si por encima de egoísmos económicos, los países llegan a entender que por espíritu de humanidad lo menos que puede hacerse es facilitar la alimentación de los pueblos, en sus productos más esenciales. Pero de ahí no se deduce que hemos de sacrificar el porvenir y el progreso de nuestro país. Por siglos estaremos en condiciones de proveer al mundo con esos productos y año por año podremos aumentar los cultivos y los ganados para alimentar a la humanidad; pero lo que no se puede improvisar, lo que no se produce, lo que no se siembra, lo que no se cría, lo que no puede ser temporal, son las industrias. Estas requieren principio, organización, tiempo, y sólo se arraigan cuando, apoyadas y sabiamente defendidas, alcanzan su pleno desarrollo. Y para esto lo menos

que podemos pedir es que no se les exija que trabajen a mayor costo que las viejas industrias o se las deje sometidas a los juegos hábiles de verdaderos “dumpings” aplicados a distintas formas y maneras. En estas condiciones no habrá nuevas industrias y muchas provincias seguirán con la vida anémica de hoy.

Hemos dicho que los derechos aduaneros argentinos han sido y son los más bajos del mundo, aún después de los últimos previsores aumentos; y hemos dicho también en reiteradas oportunidades que los temibles proteccionistas argentinos, somos mansos librecambistas, a condición de que todos los países lo sean. Que empiecen los países que ya han alcanzado su máximo poderío y sigámosles nosotros, aún cuando nos quedemos económicamente rezagados. Tendríamos el mérito del sacrificio y la corona del martirio, pero habríamos colaborado en la solución que preconizan los teóricos y los poetas económicos. Pero ... ello no sucederá, pese a todas las conferencias en que los viejos quieren ser jóvenes, como quieren el desarme sin desarmarse, ni dejar de fabricar armas, como quieren cancelar las deudas de guerra sin que nadie empiece por cancelarlas y como quieren que se destruyan las barreras aduaneras, sin que nadie dé el ejemplo. Y en ese vano y largo palabrerío de las conferencias, todo se pierde menos el egoísmo de las naciones, cuyos pueblos se debaten en injusta miseria.

Repetimos que no ha de ser nuestro país el sacrificado, no hemos de ser nosotros quienes sufran las consecuencias de hechos que no hemos provocado ni en los que hemos sido parte. Si no es posible llegar al utópico librecambio, si ha de aceptarse la última sugestión del presidente Roosevelt, de rebajar el 10% los derechos aduaneros, aceptémosle, pero a base de igual nivel de derechos y que la rebaja iniciada lo sea en forma idéntica para todo el mundo. De otra manera sería absurdo para nuestro país, cualquier rebaja sobre derechos más bajos ya, que los de cualquier nación vinculada a la nuestra.

70.000 obreros aquí presentes y tres millones de seres que dependen directamente de la vida fabril de la nación así lo entienden y así lo reclaman.

Tenemos un convencimiento preciso del patriotismo que guía la acción de los hombres de gobierno de esta difícil hora y a él apelamos, para que ningún error haga equivocar la senda que han de marcar a la economía argentina, porque de sus meditadas disposiciones depende hoy el porvenir económico de la patria. Nuestra colaboración ha sido siempre ofrecida y lo es hoy tan ampliamente como ayer. Queremos grande a nuestro país, pedimos que toda fuente de riqueza sea protegida y estimulada. Y allí donde haya que crearlas o asegurarlas, allí mismo estaremos nosotros con todo el fervor patriótico que nos anima, cuando pedimos una nación económicamente independiente.

TRABAJADORES!

A vosotros me dirijo como un compañero, porque de cuna humilde y de humildes trabajadores vengo. A vosotros os digo, con la verdad en los labios, que este acto tiene una trascendencia enorme en el futuro de vuestros hogares. Si fuésemos desamparados, si por entender que una fuente de riqueza ha de primar sobre otra y si esa elección recayera en perjuicio

de la manufactura argentina, sentiréis de inmediato sus dolorosos efectos, veréis desaparecer la tranquilidad en vuestras casas, porque si la lucha es ya difícil para nuestras industrias, un nuevo golpe las aniquilará y vosotros aumentaréis entonces, desgraciadamente, la cifra de desocupados.

No ha de haber egoísmos que primen en estos momentos; los patrones y los obreros deben ser una sola fuerza y una sola voluntad para salvar lo que se ha creado y a lo que vosotros habéis contribuido. Defended y defendamos a todos los creadores de riqueza, sean ellos del campo o de las fábricas, que todos concurren a acrecentar el acervo de la nación, pero marchemos perfectamente unidos para solicitar de los hombres que gobiernan, todo el apoyo que ha menester la industria argentina, que será en definitiva la que hará la mayor grandeza de nuestra amada tierra y asegurará el bienestar de todos cuantos luchan en su territorio para realizarla.